

DE RECEPCIÓN

Efectivamente, y de acuerdo con lo propuesto por *El Imparcial*, en la Velada del Teatro Arbeu nos fueron entregados los diplomas de socios correspondientes de la MEXICANA DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA y de la *Prensa Unida de México*.

Con respecto al excesivo honor de que nos hizo objeto la primera sociedad científica de la República, en la sesión del día 30 de Enero de 1908 tuvo lugar nuestra recepción, cuyos discursos respectivos insertamos aquí por creerlos en un todo conformes y ajustados al espíritu de este libro.

«La BENJAMÍN de las Repúblicas Hispano-Americanas»

POR

José Segarra

SEÑOR PRESIDENTE,

SEÑORES:

Por si una voz faltaba en el coro de benevolencias y de afectos con que la intelectualidad mejicana se ha excedido á favor nuestro, esta egregia Corporación se ha dignado colmar la medida de las bondades que á tanto nos obligan, otorgándome el honor insigne de inscribir mi pobre nombre en el registro de sus socios, y expedirme un diploma que, de hoy más, cuento como ejecutoria preciadísima entre los mejores galardones de mi vida de sempiterno estudiante.

Estas manifestaciones, señores, no son los casi obligados lugares comunes que la gratitud, las conveniencias y la modestia aconsejan emplear en todos los discursos de todos los recipiendarios de todas las Academias y Sociedades del mundo. Y pues vuestra benevolencia en este

y en anteriores actos en los cuales he actuado de protagonista me autoriza á la sinceridad de estimarme bien conocido del público de esta culta, hospitalaria y simpática capital, vosotros mismos comprenderéis que este exordio de salutación y agradecimientos á la Honorable *Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* que hoy me acoge en su seno, no contiene ni puede contener meras fórmulas convencionales de simple cortesía y de obligada urbanidad, sino mucho del lenguaje del alma—aunque no todo lo que ésta siente y quisiera llevar á los labios en estos momentos para mí solemnes.

Al disponerme á cumplir con la disposición reglamentaria que pide del nuevo socio un discurso en el acto de su recepción, he buscado en los estantes mentales donde voy almacenando poco á poco mis impresiones, que algún día tomarán forma en los libros que, buenos, ó malos, ó medianos, dedico al público para que éste participe en algún modo de lo que yo llamo mis estudios *vividos* y mis sensaciones *sentidas*. Y os declaro que mi predilección se fijó desde el primer momento en las «notas» que en plazo más ó menos breve constituirán la obra que en nuestra serie «Excursión por América» habrá de corresponder á la República de Panamá: la *benjamín* de las naciones surgidas á la vida de la personalidad política é internacional en este Nuevo Mundo de

nuestras andanzas actuales, en esta América, que, con los efluvios del magnetismo espiritual, me atrajo á sí desde la infancia.

Funesta para el cuerpo me fué la permanencia en el istmo de Balboa, y en algo y aun en mucho comprometió la feliz marcha de nuestra empresa.—Contad, señores, con que aludo tan sólo á las circunstancias negativas, dejando á un lado las muchas satisfacciones que allí me sonrieron en el seno de una amistad fraternal que me liga con lazos indisolubles á cuanto de valioso—y es mucho—encierra Panamá; y lo dejo de lado, para dar mayor fuerza, refiriéndome únicamente á lo que me fué adverso, para dar mayor fuerza, digo, á la conclusión que quiero sentar desde ahora, y es:

Ninguna región de América, de las que hasta hoy conozco, me ha interesado tanto, y en ninguna parte ha sido en mí tan clara y obsesionante la visión del interés que puede darse á una obra, la cual contenga, sin fárragos de erudición prestada y sí con mucha serenidad, la silueta íntima de lo que es Panamá; no ya tan sólo en aquello que hasta hoy ha interesado á todo el mundo: la vía interoceánica por excelencia, sino precisamente en aquello que el mundo ha mirado y mira con mayor indiferencia, mixta de recelo desdeñoso: la personalidad y significación de la nueva república.

Comprenderéis fácilmente, señores, que el solo enunciado de la cuestión anda en grave desacuerdo con los límites que es conveniente prefijar á un discurso de la índole del que en estos momentos someto á vuestra paciencia.

No es posible, ni aun por aproximación, no ya desarrollar sino ni tan siquiera planear sintéticamente lo que en el laboratorio de mis propósitos para mañana bulle ahora cuando apenas he insinuado lo que puede, lo que debe y lo que ha llegado el momento de decirse respecto al Estado recientemente desmembrado de la Nueva Granada, para asumir ante el mundo el rango de nación constituida y soberana.

Perdura entre los amigos de adoptar el criterio ajeno sin dilucidaciones propias, y entre aquellos que de buen grado aceptan el poco airoso papel de repetir las vulgaridades que suelen producirse por escrito en ocasión y alrededor de todo acontecimiento que interrumpe la monotonía de la vida de los pueblos como de los individuos; perdura, repito, la insigne tontería y la irritante injusticia de sonreír despectivamente á la intención de la nacionalidad panameña.

Los muy excusables resquemores de Colombia, á raíz de la emancipación del Istmo; la secular tristísima fama de la insalubridad del territorio; la ingerencia de un poder extraño en algo que, aparentemente al menos, afecta á la

vida, no sólo interior, sino internacional, de la joven república, han formado un estrambótico amasijo de prejuicios y de jeremiadas que ya es hora desvanecer, haciendo que la razón y el examen sereno y consciente de los hechos y de la realidad de las cosas se abran paso para considerar á Panamá como merecía ser considerado.

Yo os protesto, señores, que mi optimismo habitual no peca de ceguera hasta el extremo de considerar perfectos y sin sombras el presente y el porvenir de la más joven entre las naciones hispano-americanas. Pero lo que afirmo con cabal conocimiento de causa—y recordando á mis oyentes que esto lo dice quien puede documentar que sus recuerdos personales no son todos gratos—afirmo, sostengo (y pido á mi suerte que pronto me ponga en el caso de tratar el asunto *in extenso*), que Panamá no es «la república de los negros» como alguien afirma en tono despectivo; que Panamá no es una entidad de poca ó ninguna monta en el concierto de las naciones dignas de estudio y de consideración; que Panamá no ha surgido á la vida independiente en virtud de la felonía interesada de unos cuantos politicastros, ni debe su personalidad tan sólo á la intromisión de un poder extraño, del cual no es sino feudo y piltrafa.

Considerada en la relatividad de su población,

conozco pocos centros intelectuales que la aventajen.

La Historia—no la narrada por cronistas de remotas edades, sino la historia de nuestros días—da con esplendores meridianos la génesis del movimiento separatista; y en la actualidad, vése á cada momento y por manera que consuela en medio de las amargas por que atraviesa nuestra raza en la desesperada defensa de su hegemonía en el continente de Colón; vése, señores, que hay en Panamá una conciencia nacional, robusta y con grandes alientos, que opone el formidable dique de sus derechos á las menores extralimitaciones ó meras pretensiones del aludido poder extraño que la fuerza de las circunstancias ha llevado á ejercer dominio en una parte del territorio panameño.

¿A qué pro citar antecedentes históricos, ni husmear en el porvenir á base de las grandes riquezas que perduran latentes en los senos prolíficos de la región istmeña, ni aportar datos y números é informaciones técnicas alrededor de la colosal obra que entrevieron los conquistadores y que inició el genio de Lesseps, ni hablaros de los corazones y de las mentes que en la política activa y en la política de «reserva» son prenda de que la joven república ha de desenvolver felizmente su vida y sus destinos?

Cualquiera de estos puntos exigiría para su

desarrollo un largo discurso, y todos ellos apenas si podrían contenerse en un grueso volumen.

Yo no he querido salirme en esta ocasión del terreno de esbozar generalidades, y las expuestas no son susceptibles de desmenuzar y particularizar en este momento. Pues quiero y entiendo únicamente, dejar sentada la afirmación de que, Panamá, debe en el concepto de las personas que se estimen sensatas y estudiosas, dejar de ser el enunciado de algo despreciable y que mueve á risa, para ser considerado como una entidad digna de que ya se la tome en serio y de que á ella se dedique la atención que se merece, no sólo por sus prestigios del pasado, sino por lo que en su seno se está elaborando en el presente como base de un porvenir que no puede ser el de Polonia absorbida, sino, cuando menos, el de San Marino soberana: pequeña, pero respetada hasta en medio del oleaje embravecido de toda la Europa en conflagración; modesta y humilde, pero celosa de su independencia...

Y Panamá, señores, es algo más que el estado liliputiense perdido en un rincón de Italia; y lo es por su pasado lleno de gloria, por su presente fecundo en intelectualidades sanas y vigorosas, y por su porvenir, que, ligado por la Naturaleza al porvenir de la Humanidad, no puede—por sobre todos los poderes y á despecho de todos los egoísmos—circunscribirse á la conve-

niencia y al provecho de un solo pueblo, por muy poderoso que este pueblo se considere atrincherado en sus talegos de oro y hecho fuerte en sus escuadras formidables.

Ya dejo excusada la imposibilidad material de contener en los límites de un discurso, el estudio y desarrollo de los puntos señalados como los principales, entre los muchos que pueden proponerse con miras á constituir los componentes del trabajo que ofrezca al público el retrato fiel y «actual» de lo que es y lo que está en vías de llegar á ser la República de Panamá.

No obstante, yo quiero dejar en estas notas improvisadas un pequeño índice de las fases más notables que presenta la personalidad de la nación á la cual dedico este anticipo de mis impresiones con respecto á ella.

Se discurre mucho, á tontas y á locas y casi siempre exagerando la nota pesimista, acerca del alcance más ó menos remoto que pueda tener la ocupación de la Zona del Canal por el gobierno de los Estados Unidos. Y yo, señores, que por temperamento gusto de tomar las cosas por donde los demás suelen dejarlas, veo en el hecho aludido no un peligro ni un porvenir preñado de nubes para el dominio, méjor diré para la supremacía del alma latina en cuanto afecta á los intereses materiales de la latina estirpe trasplantada á las tierras del Nuevo Mundo, y en cambio re-

puto que la ingerencia yanqui en el magno problema de corregir la obra de la Naturaleza poniendo en comunicación ambos océanos, será al fin y á la postre la mejor glorificación que pueda alcanzar el genio de nuestra raza.

No gritéis al disparate aparente, y reflexionad conmigo.

Obstáculos tal vez de mayor monta que los que ofrecen los caprichos geológicos y las rarezas de los agentes naturales, son comunmente los obstáculos que los hombres, con nuestros errores é intransigencias, oponemos, por lamentable condición de la especie, á los hermosos lirismos de la fraternidad universal y á las más hacederas aproximaciones entre los núcleos humanos y sociales salidos del mismo tronco étnico.

Apliquemos el cuento á las inveteradas rencillas de familia que por espacio de un siglo—abreviando la cuenta—hicieron que las colonias emancipadas de la tutela española mirasen con justificado resentimiento á la par que con exagerada difidencia á la nación que las tuviera sujetas á su yugo, y por contra, que España correspondiese á tales sentimientos con un desvío rayano en despreciativa indiferencia... Y desde que, también con evidente exageración, se ha puesto de moda el peligro yanqui, y el imperalismo yanqui, y la intromisión yanqui hasta en

los asuntos privativos de naciones que son cabales dueñas y señoras de su casa; desde entonces es cuando ha comenzado á tomar visos de realidad próxima el sueño de las más preclaras mentalidades y de los corazones mejor templados de la exmetrópoli y de las repúblicas hispano-americanas, y hoy es innegable que una intensa corriente de dormidos afectos que despiertan y de afinidades aletargadas que se ponen en actividad, se establece con mayor eficacia día tras día, anunciando como inminente el hecho venturoso de que, á la reconciliación «oficial» de la madre y las hijas, suceda la tan deseada unión ibero-americana.

Un ejemplo, entre otros muchos, tocado de cerca por mí, lo ofrece Cuba. No hay necesidad de consultar los textos para poner de manifiesto cómo fué cruel y enconada la lucha. Esta, es de ayer; viven todavía los actores principales de la tragedia; humea aún la sangre de las víctimas; la bandera rojo y gualda y el pendón de la Estrella Solitaria cobijaron odios encarnizados que fueron transmitiéndose y aumentando de generación en generación; España fué vencida, retirándose definitivamente del último terruño que le quedaba de su vasto imperio de las indias occidentales; Cuba fué libre por el apoyo decisivo que hubo de recibir del coloso del Norte... Y, señores: no ha transcurrido la primera década

de tales acontecimientos, y yo certifico que jamás Cuba ha sido tan española como ahora que parece yanqui, ó poco menos, y nunca, estoy seguro de ello, durante los cuatrocientos años del dominio colonial, se han tenido allí las consideraciones, el respeto y el amor que hoy se tienen para los españoles.

Habréis de permitirme, pues, señores, que con toda sinceridad bendiga el desaguisado que con mi patria cometieron los «redentores» de Cuba, pues bien vale, no digo ya una isla, sino todo un continente, la conquista del corazón y del afecto de un pueblo que, perteneciéndonos odiaba á España, y cuando no nos pertenece tiene á gala llamarse nuestro hermano cariñoso.

Volviendo al caso Panamá, los Estados Unidos tienen empeñado su amor propio en cortar el Istmo, y lo harán de fijo si el destino les da salud y mimbres... que sí se los dará. Pero en altas esferas soplan vientos de fronda cuando se comienza á caer en la cuenta de que no en todos los casos basta con tener la bolsa bien provista, sino que ciertas empresas requieren llevar algo en la mollera. Y ha de tener muchísima gracia el ver cómo se cumple la reciente profecía del ilustre ingeniero Bunau Varilla (que no puede ser sospechoso para los norteamericanos, pues bien les ayudó en la habilísima negociación de hacerse con los derechos de la Compañía francesa), el

cual ha calificado de *detestable* el procedimiento de las celeberrimas exclusas—que una conmoción seísmica, tan frecuentes en el Istmo, se llevaría al diablo, pudiendo dar lugar á una verdadera hecatombe—y asegurado, con el valor que tienen las profecías cuando se basan en consideraciones rigurosamente científicas y en datos escrupulosamente técnicos, que si los norteamericanos han tomado en serio—y la cosa no es para tomada en broma—la excavación del Canal, éste debe hacerse á nivel, volviendo al plan trazado por Lesseps.

Y aunque esto no suceda y aunque se persista en el plan actual, así como el presupuesto primitivo de 144 millones de dollars se ha «estirado» hoy hasta hacerlo llegar á los 200 millones, habrá que ir aumentando la suma como también el plazo de seis años para la terminación de las obras.

¿No veis, señores, triunfar, siquiera sea platónicamente, el genio latino sobre las fantasías y los orgullos de pretendidas superioridades que, si radican indiscutiblemente en el bolsillo y en la fuerza de los puños, no por ello se ha de admitir que consistan también en la masa encefálica?...

Y si del platonismo descendemos á los hechos prácticos, bendigamos una vez más la regocijada paradoja con que nos brindan nuestros

competidores de raza, pues mientras ellos—si aceptan el consejo leal del señor Bunau Varilla y se deciden á reconocer que el glorioso ingeniero de Suez valía por muchos *misters*,—mientras ellos, digo, emplearán un minimum de veinte años y habrán de gastar no menos de mil millones de dollars en dar efectividad al lema que orla el escudo de Panamá, aun en el caso temido por los pesimistas de que la simpática enseña PRO MUNDI BENEFICIO debe leerse PRO UNITED STATES BENEFICIO, ya la civilización de ambos mundos, ya el tráfico universal, tendrán franqueado el paso de mar á mar por esas vías de la paz que son: honra legítima de Méjico, el ferrocarril de Tehuantepec; de Guatemala, la línea recientemente inaugurada de Puerto Barrios á San José; y de Costa Rica, que en plazo muy breve ha de ver unidos por las paralelas de acero sus puertos de Limón y Puntarenas.

Con respecto á la vitalidad intelectual de Panamá, tengo una nota que en cierto modo me atañe y que rutinarios convencionalismos de falsa modestia no han de impedirme consignar en esta ocasión.

Cúpome la honra y la suerte de iniciar al público panameño en las conferencias de carácter literario, y las mías, pobres y sin pretensiones como mías, alcanzaron el éxito de ser el pretexto, por de-

cirlo así, de la fundación del Ateneo, que indudablemente está llamado á realizar patriótica y fecunda labor en pro de la cultura del país que cuenta con eruditos de la talla de un Nicolás Victoria, estadistas de los vuelos de un Obaldía y un de la Guardia, diplomáticos como un José Agustín Arango, políticos sagaces como él primer y actual presidente Dr. Amador Guerrero, estudiosos del fuste de Ricardo J. Alfaro, estilistas como Guillermo Andreve, músicos del estro de un *virtuoso* tan conocido en los más prestigiosos centros artísticos de Europa como Narciso Garay, hacendistas como Hazera, parlamentarios como De Roux, poetas como Ricardo Miró, financieros y oradores como Samuel Lewis..., y no sigo en la lista, porque me bullen en la memoria cien nombres más de meritísimos laboradores de la inteligencia.

La tarea gubernativa es intensa y digna de estudio, especialmente por la complejidad que representa, hecho mérito del poco tiempo transcurrido desde la independencia del antiguo Estado colombiano. La organización del ramo de Estadística, la Hacienda, los servicios de Obras Públicas, los proyectos de colonización interior y otros ramos no por secundarios menos importantes de la Administración, merecen elogios cumplidísimos por los alientos á ellos consagrados. La Instrucción Pública es un timbre de glo-

ria para la joven nacionalidad, y en lo relativo á caminos y puentes se está llevando á cabo una verdadera revolución que en plazo no lejano transformará radicalmente la faz de la riqueza, hoy embrionaria, del interior del territorio.

Cumple al espíritu de justicia que tengo siempre empeño especial en que resplandezca en mis notas, señalar aquí el aplauso entusiasta y sin reservas que merecen las autoridades nortamericanas por la prodigiosa transformación llevada á cabo durante el tiempo transcurrido desde que se encargaron de las obras del Canal, no sólo en las condiciones de vida por ellas impuestas en los poblados de la Zona y en los puertos, sino también en lo referente á la higienización de la ciudad de Panamá. Cuanto se diga en este sentido es poco con arreglo á la verdad de los hechos. Y ojalá desplegasen el mismo celo é idéntico acierto en poner remedio al desbarajusté que reina en todo aquello que atañe al tan importante asunto de la inmigración, que no saben reclutar, tratar y sostener, haciendo buenas las acusaciones de que hace poco habló la prensa y que, teniendo mucho de falso, redundan en grave perjuicio de los trabajos y del buen nombre que ante todo debe conquistar quien ha menester braceros que se expatrian no precisamente para ir en busca de males mayores que los que dejan detrás de sí.

Creo—he de repetirlo hasta la saciedad,—creo firmemente en el feliz porvenir de la *benjamín* de las repúblicas hispano-americanas, porque he visto en sus hombres y en sus condiciones de vida elementos sobrados para consolidar una nación y un prestigio entre los pueblos modernos. Y creo asimismo que no sea un peligro pavoroso el gobierno extraño de la Zona del Canal, pues este poder tiene su campo de acción bien delineado en la empresa que es motivo de su existencia, como la República tiene el suyo que no puede y debe confundirse. Y autorizan mi optimismo en este sentido varios hechos notables que merecen ser conocidos en detalle, los cuales documentan elocuentemente mi afirmación de que existe en los panameños esa gran cualidad llamada conciencia nacional, y distan mucho de ser un pueblo sometido á la influencia prepotente del vecino metido en la propia casa. Tengo en mi cartera, entre otros casos interesantísimos de cómo los ciudadanos de Panamá saben tener á raya las extralimitaciones del gobierno de la Zona, el historial de la energía desplegada por D. Santiago de la Guardia durante el tiempo que estuvo al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el informe admirable sobre reivindicación de terrenos pertenecientes á particulares, que es un diploma de honor para sus firmantes C. Arosemena y S. Lewis, un tra-

bajo luminoso sobre el mismo asunto, de don Daniel Ballen, unos artículos de Garay desentrañando el verdadero espíritu del Tratado con los Estados Unidos, y los apuntes relativos á la entereza con que el comercio está haciendo frente en la actualidad al privilegio que supone la viciosa y abusiva práctica de los comisariatos de viveres en la Zona.

Insisto: el espíritu público existe y vela por los intereses y la dignidad de la nación y sus inalineables prerrogativas.

Lo que Panamá, al igual de otras muchas de sus hermanas, necesita ante todo—por aquello de que los pueblos no viven únicamente por la sola virtud de su propia personalidad, sino muy principalmente en méritos á la reputación de que gozan en el mundo—es hacer sonar su nombre, dándose á conocer tal como es y no como la ignorancia y la mala fe han pregonado que sea.

No bastan y apenas significan nada en nuestros tiempos las venerables crónicas de pasados fastos, ni la prosa amazotada de números de las Memorias con sello oficial. Las obras monumentales de los historiadores y de los tratadistas de una especialidad, llegan tan sólo al gabinete del estudioso, del erudito. Los informes de los ministerios interesan únicamente á los profesionales de la estadística y del movimiento comercial ó financiero.

Se necesitan libros y folletos, artículos y revistas sin pretensiones, verdaderas obras de vulgarización, que lleguen á las manos y á la mente de las masas, que conquisten la opinión y el interés de la multitud; que no se apolillen en los estantes de las librerías de lujo ni se enmohezcan en las vitrinas de las bibliotecas, sino que entren en los talleres, en las sociedades populares de instrucción y de recreo, en las salas de lectura de los ateneos obreros, en las cámaras de comercio, en la redacción de los periódicos.

Así se forma opinión y se labora eficazmente por el honrado reclamo de países que, más allá de sus fronteras, apenas si ha llegado su alma á decir—no tan sólo á la exigua aristocracia del estudio, sino también á las inteligencias poco cultivadas—que esa alma pertenece y anima un organismo capaz de tales y de cuales cosas. Y cuando estos países son como las naciones de la América latina, dicho sea á pesar de cuantos sostengan lo contrario, han menester todavía que sean presentados tal cual viven y se desarrollan, en escritos sin exceso de galanuras presuntuosas y sí con mucha honradez en las apreciaciones y mucho *savoir faire* en el estilo y en la elección de los asuntos.

Precisamente, en el último número de la excelente revista *El Progreso Latino*, llegada esta

mañana á mis manos, encuentro una nota que encaja perfectamente en lo que acabo de sostener.

Y la autorización á mi concepto de lo que debe hacerse en el sentido de una propaganda bien entendida, la da un hombre de mentalidad tan equilibrada como es el por tantos conceptos ilustre Presidente de los Estados Unidos.

Mister Roosevelt ha escrito al profesor S. L. Rowe la siguiente carta:

«Con grande interés he tomado nota de los resultados de su jira sudamericana y he considerado los varios planes que usted medita para fomentar estrechas relaciones intelectuales entre el norte y el sur de este continente. Tengo por importantísimo, á más de las amistosas relaciones existentes entre los gobiernos de las repúblicas americanas, la formación de lazos personales entre los guiadores del pensamiento en esas repúblicas. Esas relaciones personales tienden en gran manera á destruir necios prejuicios y falsos conceptos nacidos de la falta del mutuo conocimiento. En este hemisferio occidental, cada una de nuestras repúblicas puede á un tiempo aprender de sus hermanas y enseñarles, con sólo ponerse en contacto unas con otras...»

No necesito seguir adelante en la copia de la carta presidencial. En el párrafo transcrito se contiene la verdad que más conviene tener

presente á las naciones hispano-americanas; se desconocen las unas á las otras; y si un dato personal aportado por mí tiene algún valor, sépase que en la relativamente vecina Nicaragua nos fué de todo punto imposible adquirir noticias concretas del modo cómo nos convenía disponer nuestro itinerario para llegar á Méjico, pues nadie supo decirnos si por el ferrocarril de Tehuantepec podríamos venir á la capital sin necesidad de llegar al Atlántico; y desembarcamos en un puerto del Pacífico, en la más absoluta incertidumbre y las más fantásticas contradicciones en los informes, tanto, que ignorábamos si vendríamos al interior á lomo de burro... ó en globo. Y entre dos mil acuses de recibo de nuestro libro *Costa Rica*, puedo exhibir á quien lo desee, como el mayor elogio que pudiera merecer el modesto, pero honrado, libro que tuvimos la suerte de poder dedicar á la tan simpática república centro-americana, más de quinientos periódicos del viejo y del nuevo mundo que comentan entusiásticamente el *descubrimiento* de las condiciones de vida de un país que apenas conocían por muy eruditas obras de historia y por informes consulares muy ricos en casilleros repletos de guarismos; y otras tantas cartas alentadoras y benévolas, cuyo mejor aliento y mayor benevolencia para nosotros está en el hecho de que todas ellas giran alrededor de esto que nos

escribe el señor E. S. Zeballos, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina:

«... Al agradecer á ustedes el interesante volumen que me obsequian, he de significarles mi aplauso por enviarnos á la República Argentina un eco de esos países hermanos tan desconocidos para nosotros.»

Y acabo, señores, extractando el comentario que el distinguido publicista D. César Zumeta pone en *La Semana*, de Nueva York, á la carta del Presidente Roosevelt á que he hecho referencia:

«El día en que se popularizara por la Prensa y el libro en los Estados Unidos (*y en Europa y en toda la América latina, añado yo*) la historia de las repúblicas ibero-americanas, de sus luchas por la independencia y de los libertadores y estadistas que las sintetizan, de los esfuerzos hechos en el sentido de aliarla para garantizar su desenvolvimiento normal,... el día en que se vulgaricen en este país (*y también en los otros, insisto yo*) las obras de los tratadistas, historiadores, poetas y escritores ibero-americanos, quedaría desvanecido el concepto de que son simples agrupaciones de negros, mulatos, mestizos, indios y rezagos de la raza blanca, destituidos de capacidad para gobernarse democráticamente, é infinitamente inferiores á los norteamericanos en el orden político, en el social, y en cuanto á mentalidad y moralidad...

HE DICHO.